

DE NUEVO LOS ROBOTS

Miquel Barceló

En junio, les hablaba aquí de la paradoja de que, Isaac Asimov, el introductor del término robótica (en la ciencia ficción y en la realidad tecnocientífica), no hubiera hecho aparecer robots en su magna serie sobre una vasta civilización galáctica iniciada con FUNDACIÓN. Aprovechaba también para anunciar el entonces inminente estreno de la presunta versión cinematográfica de YO, ROBOT (1950), perpetrada (ése es el término correcto) por Alex Proyas, el brillante director de *El Cuervo* y, sobre todo, de la interesante y siempre sugerente *Dark City*, aunque esta vez haya obrado al servicio exclusivo de ese "actor" llamado Will Smith y de la habitual codicia hollywoodense.

Ocurre que, una vez visionada la película, el espectador se sorprende al comprobar como la tesis de la misma se opone radicalmente a lo que pretendió Asimov con sus relatos de robótica que conformaron YO, ROBOT.

La película aclara, pese a su título y a la equívoca campaña de prensa, que su guión ha sido sólo "sugerido" por el libro de Asimov y no basado en él, aunque ése es un pequeño detalle que pasará desapercibido. Los culpables del desaguizado han sido el presunto "albacea literario" de Asimov (en realidad su agente) Ralph Vicinanza y la última esposa del escritor, Janet Asimov. Llevados por el interés crematístico han malvendido el título de una de las obras más emblemáticas de Asimov y, en definitiva, traicionado su manera de pensar.

En realidad, el joven Isaac Asimov se sentía incómodo con la imagen que la ciencia ficción estaba dando de los robots y, en definitiva, del maquinismo y las máquinas, de las que los robots vienen a ser la mayor y más potente representación en el imaginario popular. Antes de YO, ROBOT, los robots eran malvados y representaban una seria amenaza para la humanidad (algo así como los *Terminator* y *Matrix* de Hollywood), y eso a Asimov le parecía una aberración. Le parecía (¡era joven!) que el ser humano no sería tan imbécil como para construir unas máquinas de las que no pudiera fiarse.

Por esa razón inventó las famosas tres leyes de la robótica, para insertar en el mismo cerebro positrónico de los nuevos robots asimovianos, una especie de garantía. Esas leyes obligaban a los robots a no hacer daño a un ser humano (primera ley), obedecer a un ser humano (segunda ley) e intentar sobrevivir (tercera ley). Pero el "potencial" de esas leyes era paralelo a su orden: la primera ley tenía prioridad sobre la segunda y ésta sobre la tercera. En realidad, la mayoría de relatos sobre robots de Asimov (incluidos los de YO, ROBOT), jugaban con ligeras alteraciones experimentales de los potenciales de esas tres leyes para presentar pequeñas paradojas que derivan del juego lógico mismo de su interacción. De ahí la presencia emblemática en el libro de una robopsicóloga como Susan Calvin, tan erróneamente llevada a la pantalla.

Pero Hollywood no está interesado en robots vistos en positivo. No resultan demasiado atractivos dramáticamente y resulta mucho más fácil construir una trama emocionante con el viejo tema del viejo miedo de los "luddites" ante la máquina: la máquina puede reemplazar al humano y enfrentarse a él. Así se hizo en *Terminator* y *Matrix* y se ha hecho ahora en YO, ROBOT. Aunque, en este último caso, el asimoviano título no tenía que haber permitido ese enfoque tan habitual en Hollywood. El mismo título "Yo, robot" sugiere un interés por la "humanidad" de un ser inteligente y sensible aunque su origen sea electromecánico.

En definitiva, YO, ROBOT puede ser una entretenida película de aventuras pero no hace honor a su título. Isaac Asimov pretendía otra cosa.

Y, por si alguno se pregunta el porqué de este comentario en una revista como *Tribuna de Astronomía y Universo*, le recordaré que los robots son importantísimos para la exploración

espacial. Al fin y al cabo son robóticas las sondas con las que estamos investigando los planetas del sistema solar: la *Pathfinder* y otras a Marte, la *Cassini-Huygens* a Saturno, la *Messenger*, enviada el 3 de agosto a Mercurio, y tantas otras más. Mejor que sean asimovianas en su comportamiento y nos podamos fiar de ellas, ¿no es así?